

***Rojo Oscuro* (Darío Argento, 1975)**

Si con el *El pájaro de las plumas de cristal* nos referíamos al debut de Argento dentro del género y del cine en general, es con esta obra con la que se consolida en un estilo propio y también como experto en manipular los elementos clave del suspense, la intriga y el terror. La trama es muy similar a *El pájaro de las plumas de cristal*: Un prólogo presenta una escena de asesinato donde solo se ven las sombras de la víctima y el asesino, mientras suena una canción infantil. Luego nos introduce en una conferencia sobre médiums donde una mujer con capacidad de leer la mente detecta alguien que ha

cometido un horrible crimen. Una vez en casa es asesinada y sólo su vecino, un pianista, es testigo desde la calle. El vecino se obsesionará y llevará a cabo una investigación paralela a la policía, mezclándose con personajes diversos y excéntricos.

De nuevo el protagonista es un extranjero (es de nacionalidad inglesa), que se encuentra en Roma de paso. Por casualidad presencia un terrible asesinato y por interés morboso se lanza a la búsqueda del asesino. Las mismas premisas que su *opera prima* pero esta vez con un magistral sentido del suspense y del ritmo. El guión está muy bien pensado para confundir al espectador con pistas que no llevan a ninguna parte, falsos sospechosos y culpables. Argento cuida los espacios, tanto interiores como exteriores. Vuelve a huir de la visión turística y romántica de Roma que en el cine italiano ha sido tan prolífica, para llevarnos a una ciudad de noches oscuras e intransitables, calles antiguas y angostas, tramos cortados por obras urbanas y mansiones abandonadas con leyendas aterradoras.

Los interiores juegan con dos elementos clave: los espejos y el color. El color predominante, tal y como se adelanta en el título, es el rojo, color de la sangre, de las pasiones que inquieta y altera el corazón del ser humano. Los espejos inciden en lo que la visión esconde, en la importancia de lo que reflejan, muchas veces en ellos encontramos más de lo que nuestros ojos son capaces de ver. En ese patrón juega su mejor baza el filme. Una vez más, el protagonista ve al asesino desde el primer crimen, y el director hábilmente nos lo muestra también a nosotros de manera fugaz y casi imperceptible. Nos confunde cambiando un espejo por un cuadro (el pianista recuerda un cuadro que luego no estaba y que en realidad se trataba del reflejo de otro cuadro).

La investigación se torna un viaje oscuro a lo más siniestro. Todos los personajes principales van sufriendo un horrible destino a medida que la trama fluye. Cada uno de ellos está impregnado de cierto toque de misterio que les hace no estar exentos de sospecha. Aunque estereotipados, guardan mucha riqueza psicológica, de ahí que el espectador se desconcierte ante las apariciones oportunas de la periodista o la presencia inquietante de la hija del guarda.

Aunque tiene retazos sobrenaturales, la historia navega siempre por el *giallo* más puro. Salvo el extraordinario poder de la médium y la leyenda urbana de la casa encantada, lo fantasmagórico queda excluido o en segundo plano. El psicópata en realidad no es un perturbado que mata por placer, sino que lo hace por esconder las pistas de un pasado turbulento y trágico. Una vez más se introduce un falso culpable (el pianista alcohólico de un club) que enmascara al auténtico criminal. El espectador si ha

estado atento descubre que hay piezas que no encajan, hay lagunas en la trama que impiden ese desenlace concreto. Es una estrategia para incluir un doble clímax al final donde el héroe en solitario se enfrenta al villano y resuelva por fin los cabos sueltos.

Darío Argento domina la oscuridad y los escenarios insanos. Hay dos momentos verdaderamente soberbios en el filme. Uno es la muerte del parapsicólogo en su domicilio, con la entrada del muñeco mecánico que ha servido de inspiración en muchas producciones de éxito, la última de ellas *Saw* (James Wan, 2004), que toma el muñeco parlante montado en el triciclo. La segunda escena magistral es la desarrollada en la escuela, con el asesino jugando psicológicamente con sus víctimas atormentándolas con dibujos en la pizarra.

Definitivamente una vez se la analiza en términos globales, resulta una muy buena representación de este subgénero, tomado de forma madura por un director que sabe como encauzar la situación en todo momento. La violencia está presente y en primer plano, los efectos de maquillaje están muy cuidados para que las heridas parezcan reales. No es una violencia que desentone como ocurre con otros títulos que analizamos en este artículo, sino que se amolda a una trama compleja donde prima la investigación por encima de la brutalidad gratuita. A diferencia de otras películas del *giallo* italiano, Argento prescinde en esta entrega de toda alusión al sexo, ya sea mediante el erotismo o la sugerencia más sutil.